

EL SIGLO FUTURO,

DIARIO CATÓLICO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 6 reales un mes.—En Provincias, 30 reales un trimestre y 80 un año, suscribiéndose directamente en la Administración del periódico.—En el Extranjero, 50 reales un trimestre y 300 reales un año.—En Ultramar, 4 pesos fuertes el semestre.—Repúblicas americanas, 6 pesos fuertes el semestre.—Paquetes de 25 números, 4 reales.

PUNTOS DE SUSCRICION.—La administración del periódico, calle de Leganitos, número 4, cuarto bajo, remitiendo el importe en libranzas del Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, con exclusión de los de guerra, certificando las cartas cuando se remitan sellos. Los anuncios se insertan á precios convencionales.

JESUCRISTO DIOS.

Cuando espiró Jesucristo en la Cruz, el centurion que había presenciado su pasión, exclamó diciendo: *Vere hic homo Filius Dei erat.* «Verdaderamente era Hijo de Dios vivo.» Meditemos un momento en esta nobilísima confesión de la divinidad del Hijo del Hombre.

Jesucristo se había humillado en la Cruz hasta el extremo de parecer como el último de los hombres; apenas tenía figura de hombre. Más todavía: era como el oprobio de los hombres y el desecho del pueblo. Muere abandonado de sus discípulos y hasta de su mismo Padre. Ni un solo rayo de su omnipotencia se deja ver en este leproso en quien Dios descarga su indignación, *leprosus et percussus a Deo*. Su divinidad está completamente velada, y su sagrada humanidad oscurecida, afeada, hasta el punto de poder decir: *Vermis sum et non homo*: soy como un miserable gusano; en mí no se parece la especie del hombre. Y sin embargo, el centurion exclama: *Verdaderamente era Hijo de Dios!*

Bien es verdad, que á la muerte de Jesús acaecieron grandes prodigios: la tierra se estremeció, el sol retiró de ella su luz, las piedras se quebrantaron dando unas con otras; en suma, no parecía sino que la naturaleza visible daba muestras de dolor viendo morir á su Criador. ¿Acaso no era todo esto bastante para ver que no era simple hombre aquel en cuyo honor el universo mundo celebraba tan estupendas exequias? No negaremos en verdad la influencia, mejor dicho, el poder y eficacia de esas y otras maravillas: no somos del parecer de Donoso Cortés, que el mundo se convirtió al cristianismo, no por los milagros, sino á pesar de los milagros; pero en cambio no se nos negará que el corazón humano, el de por sí, es más duro que las mismas piedras; que la razón humana posee virtud singular para fingir razones contra la verdad; ni, por último, que así como toda la luz del sol no alcanza á dar vista á los ciegos, así la que á los ojos de la razón resplandecía en el eclipse milagroso ocurrido en la muerte del Hombre-Dios, no hubiera bastado por sí misma para iluminar el alma del centurion.

Obsérvese, en prueba de esto, que aquellos mismos sucesos fueron presenciados por otras muchas personas: allí había gran concurso de pueblo; allí estaban también los príncipes de los sacerdotes. Los primeros es verdad que se volvieron á la ciudad dándose golpes de pecho; pero ninguno de ellos confesó la divinidad de Jesucristo. Los segundos no mostraron afecto alguno de admiración ni dolor. Todos vieron lo mismo con los ojos exteriores; y, sin embargo, sólo el centurion exclama: *Verdaderamente era este hombre Hijo de Dios.* No será razón inferir de aquí que algo hubo de entrever al centurion en la pasión y muerte de Jesús, algo que se sustrajo á las miradas de los demás? Indudablemente: al través de sus humillaciones y dolores, por entre aquellas heridas de los clavos y de la lanza, debajo de la corona de espinas, en

medio de aquel desamparo, entrevió, con el auxilio de la gracia, la divinidad; y viéndola la confesó con noble valor. Pues qué, ¿la belleza y majestad de lo divino no se manifiesta admirablemente en lo que de suyo es humilde y abatido? Aquella celestial resignación en las manos de su Eterno Padre; aquella caridad encendida que le movía, no sólo á perdonar, sino á excusar á sus verdugos y á pedir el perdón de ellos; aquel prometer el Paraíso al buen ladrón; en suma, aquella sobrehumana expresión de humildad, de dulzura y amor, ¿cuándo se vieron jamás en el orden natural puramente humano? Platon había descrito á Jesucristo en su justo imaginario. Muchos siglos después, Rousseau confiesa que si la vida y la muerte de Sócrates son de un sabio, la vida y la muerte de Jesús son las de un Dios. Pero los príncipes de los sacerdotes, los fariseos, no vieron más que lo que su orgullo y su odio les dejaba ver; por consiguiente, no vieron nada.

Nosotros sacamos de aquí algunas conclusiones que nuestros lectores han de ver con agrado. La primera, que desde el primer Viernes de Pasión hasta el día de hoy, jamás han faltado ni centuriones que confiesen á Jesucristo Dios, ni descendientes de aquellos endurecidos príncipes de los sacerdotes que le desconocían y ultrajaban. Esta es la historia del mundo desde el Calvario acá. En todos los siglos y en todos los lugares donde ha sido predicado el Evangelio, ha habido, y hay, y habrá quienes dicen: *Verdaderamente Jesucristo es Dios*; y quienes sin fijar los ojos en los milagros evangélicos, ni en la santidad de la doctrina cristiana, ni en la celestial sabiduría de los libros santos, ni siquiera en las innumerables y luminosísimas razones con que la ciencia, la verdadera ciencia, prueba la divinidad del Cristianismo, todavía se obstinan y se endurecen en la incredulidad, y respirando no sé qué odio satánico contra todo lo que es divino, muéstranse dispuestos á crucificar de nuevo á su Salvador y Maestro. ¡Oh! Son malos; y hé aquí que aborrecen la luz.

La segunda conclusión es, que los que dicen en su corazón y confiesan animosamente que Jesucristo es Dios, esos, con este acto de fe humilde, saben todo lo que hay que saber; pues conocen en su misma fuente y principio el camino, la verdad y la vida; conocen la solución de todas las dificultades y problemas en que tropieza y cae desdichadamente la pobre razón humana abandonada á sí misma. ¡Cuánto se encierra en la palabra: *Jesucristo es Dios!* Bien decía el Apóstol de las gentes, que no quería saber sino á Jesucristo, y este crucificado. Por el contrario, los que no conocen al Hijo de Dios, y sobre todo, los ciegos que no lo quieren conocer, esos no saben nada de nada. Semejantes á los antiguos fariseos, la misma ley que por ventura tienen entre manos, no la entienden. Interrogados sobre cualquiera de las verdades y misterios de nuestra fe: no los conocen; cualquiera niño sabe más que ellos. Bien es cierto que en cambio se precian de filósofos, de economistas, de políticos; pero, bien mirado, ¿qué es todo esto

sin religión, sino ciencia terrena, carnal, diabólica, ó arte de engañar, arruinar y perder á los pueblos á trueque de satisfacer los presuntos sabios sus apetitos, y gloriarse en su misma vanidad y locura?

Por último, concluyamos que—pues la Iglesia católica es la encarnación permanente de Jesucristo, como sabiamente ha dicho el ilustre Moehler en su *Simbólica*—todos los que confiesan al divino Maestro y Redentor de los hombres, todos los que en la misma cruz, donde hoy le contemplan pendiente, reconocen al Hijo de Dios vivo, todos los verdaderos fieles de Cristo (*Christi fideles*), cristianos verdaderos y no falsos, ni simulados, que quieren ser tenidos por tales sin serlo (que son peores, decía San Agustín, que los mismos infieles); todos esos, decimos, confesando á Jesucristo, creen también y confiesan á la Iglesia, la mayor de sus obras sobre la tierra, su Esposa, en la cual vive como en su propio reino, influyendo en todas las partes de él la justicia, y la paz fundada en la justicia. Por el contrario, los enemigos de la Iglesia; los que cierran los ojos para no verla adornada de aquella variedad de dones divinos y sobrenaturales con que la enriqueció Jesucristo Dios; los que, lejos de humillar su entendimiento y su corazón á la autoridad infalible del vicario de Jesucristo, desprecian sus oráculos y se convierten á las fábulas, tanto antiguas como modernas, con que traen embaucadas á las gentes los enemigos de Dios y del hombre; en suma, todos los que la persiguen y calumnian, lejos de exclamar con el centurion al pie de la Cruz: *Jesucristo es Dios*, repiten hoy como siempre el crucifalso, crucifalso, con que los judíos se imponían á Pilatos pidiéndole la muerte del Salvador, porque no era amigo del César. ¿Ni cómo han de reconocer la autoridad de la Iglesia y someterse á ella con adhesión perfecta, sincera y absoluta los que no quieren el reino de Jesucristo, ó porque el orgullo y las pasiones les impiden ver la divinidad en las humillaciones del Calvario, ó porque temen confesarla, no sea que se les crea enemigos del cesarismo que priva en el mundo, que distribuye honores y riquezas y todo linaje de delicias terrenas?

Por su parte, los católicos que no están al pie de la cruz *tamquam ad spectaculum*, sino como estaban aquellos conocidos del mismo Jesucristo, con el corazón partido de dolor, viendo realizado el ideal divino de la santidad, pues el Justo por esencia padece los mayores trabajos é ignominias que concebirse pueden, digamos también: *Verdaderamente era Hijo de Dios*. Y poniendo después los ojos en la virtud sobrenatural con que la Iglesia, cuerpo místico de Jesucristo, sufre en la misma cruz toda clase de persecuciones, ofreciendo al mundo el sublime espectáculo de la mayor fuerza moral de verdad y santidad en medio de la mayor debilidad material, digamos también: *Verdaderamente está Dios con su Iglesia*.

LA SOLEDAD DE MARÍA.

Sola estás, Madre mía, sola y desamparada en la sombría cumbre del Calvario; que aunque acompañen tus congojas Juan, el discípulo de corazón inmaculado, y Magdalena, la santa pecadora, y aunque hallen eco tus sollozos en las almas justas que á tu lado gimen, para tí equivalen á nievas y más hondas soledades compañías que no son la dulcísima compañía del Hijo de tus virginales entrañas.

Hundes tu faz angélica entre las espigas de la sagrada cabeza; juntase rostro con rostro; tiñese tu cara sacratísima con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con tus lágrimas de Madre. Así pintaba tu dolor, hace ya siglos, uno de los más ardientes cantores de tus alabanzas, el cual, poseído de medroso respeto, pone elocuentísimas y desgarradoras exclamaciones de aflicción en labios del tiempo evangelista y de la inconsolable penitente; pero, lleno de un sagrado temor, no osa poner en tu boca ni un ¡ay! siquiera que pinte tu amargura, porque su filial instinto le hacia comprender que no cabe en lengua torpeza imitar los lamentos de tu soledad.

A veces yo, levantándome de las miserias del pecado á la contemplación de tus angustias sin número y sin nombre, y buscando una palabra que energicamente las compendiasse, héme detenido asombrado ante otra prueba de respeto grandioso que acaso á tu dolor tributan todos los idiomas cristianos.

Valle de lágrimas y cárcel de dolores es el mundo, y no hay pena ó desventura que no lleve en él su nombre propio.

Cuando la muerte rompe sin piedad lazos benditos por Dios, y queda desolada y sola en el mundo la esposa sin consuelo llorando sobre las cenizas del padre de sus hijos, escudo de su debilidad y compañero de su vida, tienen todos los idiomas una tristísima palabra con que bautizar, con amargas lágrimas, no de lágrimas, sino de dolor, el dolor de la madre que ve morir á su hijo.

Cuando seres inocentes y desvalidos que debieran crecer á la sombra de la paternal solicitud ven arrebatado á su amparador y quedan como tiernos pajarillos que en vano buscan el calor de la madre, porque la madre abrió sus alas y voló al cielo dejando solo el nido, también tienen todas las lenguas una palabra de luto y de lágrimas para llamar á los pobres huérfanos.

Pero cuando llega un dolor semejante al tuyo ¡oh Virgen inmaculada! cuando los brazos de una madre, impotentes para rechazar los golpes de la muerte, estrechan convulsos el tronco anímado de un ser que de niño acariciaron, y se estremecen al mármolero contacto de un cuerpo que mil veces se reaniró al calor de los delirantes besos maternales; cuando los labios de una madre se posan sobre aquellos otros ya cárdenos, que en la dulce infancia sonreían, y que ya nunca volverán á sonreír; entonces no hay lengua que se atreva á buscar nombre á ese dolor.

No parece sino que al formarse los idiomas cristianos, todo hombre se detenia aterrado ante el dolor de una madre sin hijo, y exclamaba: «¡Jesús Santo! ¡Ese dolor fue el de tu Madre, y para él no hay nombre!»

No hay, no, Madre infortunada, nombre para nombrarle, ni figuras para describirle, ni imaginación para abarcarlo. Viudez... es ménos. Orfandad... no es nada. Soledad... es poco.

Tú ya sabías lo que era orfandad, y en los purísimos gozos del virgínico coro de Jerusalén aprendiste que puede haber padres adoptivos.

Tú ya sabías lo que era viudez, y en las santas caricias de Jesús aprendiste lo que es llorar con otro.

Pero ahora sabes lo que es soledad, y conoces que para ese dolor ni hay nombre ni consuelo.

Recibe, Madre de misericordia, recibe el único que pueden darte los hijos que Jesús te dejó: el de acompañarte como te acompañaban tus inocentes compañeras en el templo para consolar tu orfandad, y el de llorar contigo como lloraba Jesús para dulcificar tu viudez.

No es ¡ay! que pretendamos comparar con las lágrimas del Justo las lágrimas de los pecadores; pero mézclalas con las tuyas, y purificarás las nuestras.—F. M.

la levantado gran polvareda en la prensa. El artículo publicado en *El Imparcial* del día 20 de mayo, en los siguientes párrafos está compendiado el tema dominante en todo el artículo:

Es posible que un hombre del prestigio de Sr. Cánovas del Castillo no pueda sostenerse ni por un instante más el Gobierno que en tales condiciones se encuentra y no hay nada para salvarle ellas. No tenemos la pretensión de dar lecciones de gobierno a nadie, y mucho menos al actual señor presidente del Consejo de Ministros; pero si nos ha de ser expuesto respetuosamente que es absolutamente indispensable un cambio radical y profundo en la marcha del gabinete.

Por estas y con pretextos que no queremos examinar ahora, el ministerio que se halla al frente de los negocios no tiene política, y si la tiene se reduce a una sola afirmación, que no puede ni debe discutirse, que no puede ni debe trasearse constantemente, como lo hace la prensa ministerial, a la cándida arena donde luchan los intereses y aficiones de los partidos; y como el régimen constitucional no se concibe la completa suspensión del movimiento político ni por un solo día, y el Gobierno es a quien corresponde en primer término regular y ordenar ese movimiento, o el Sr. Cánovas del Castillo, se decide a salir del sitio que en que permanece, o el riesgo desfavorable que contra él ha tomado la opinión se irá acentuando más cada día, sin que quepa atribuir la esperanza de que sea fácil reemplazar al actual ministerio con otro que se haya abierto camino en la opinión por los medios naturales dentro del régimen político vigente.

Medítelo, pues, el Sr. Cánovas del Castillo: su arasco político, su carencia de iniciativa para abordar los grandes problemas pendientes, tienen la ventaja de un aparente y momentáneo reposo para el Gabinete que preside, pero comprometen su reputación de hombre de Estado y le crean grandes responsabilidades para el porvenir.

A esto responde *La Epoca*, entre otras cosas:

Injusto por demás y desmemoriado se muestra el colega de la plaza de Matute al pasar revista a los actos políticos o de carácter administrativo de los diversos ministerios. En todos ellos se ha hecho mucho para volver a los mejores procedimientos y para regularizar la administración, atendiendo al propio tiempo, como es natural, a reparar injusticias cometidas con los funcionarios, de opiniones conservadoras. Reformas de gran trascendencia, de muchas de las cuales se ha ocupado el mismo *Imparcial*, se han verificado en aquellos centros, y otras se preparan, o están en vías de realización.

Terminada esta preparación indispensable para la vuelta al ejercicio del sistema constitucional, estamos seguros de que la vida política transcurre con gran vigor tan luego como la andadura paz se realice, y aun sin eso, tan luego como, aprobeche su ventajosa posición y los elementos con que hoy cuenta para una rápida y victoriosa campaña de primavera.

Ahora, si por regreso a la vida pública en *El Imparcial*, como a *Bandera Española*, la edición del Código de 1869 en su integridad y la proclamación de los derechos individuales, no titubémos en responder que es mucho pedir. Los autores de ese Código y de la teoría han pasado seis años muy tranquilos preocupados de su fiel y estricta aplicación; y cuando a unos como losa de plomo, guardados otros bajo siete llaves, una y otra cosa, la aplicación del estricto, eludiendo la existencia, de los derechos limitados, han sido fecundados solamente en dificultades o en perturbaciones: nada tendría, por lo tanto, de extraño que, en esta parte, las excitaciones de la antigua prensa radical, pasaran inadvertidas de los miembros del gobierno.

El *Eco de España* sale también a la defensa del Gobierno; *El Diario Español* opina lo que *El Imparcial* llama marasmo no sino paz, estabilidad y firmeza, y *El Tiempo*, cansado tal vez, según *El Eco*, de tan repetidas como inútiles polémicas, exclama:

Que le importa a la nación que *La Iberia* y el Sr. Sagasta se mantengan retratados, recogidos y desconfiados, y que, aparentando una importancia que sólo les otorgan, sin quererlo, los que tanto trapan a la palestra dicho periódico y dicha personalidad, den al logogrifo y a las nebulosidades lo que debieran de buen grado y por patriotismo conceder a la claridad y a la decisión, en cuestiones de declaración de principios y de fijación de conducta.

La monarquía de D. Alfonso ha llamado al momento a todos los españoles de buena fe, y los ha invitado a la regeneración de la patria.

El Gobierno de la monarquía ha hecho hasta ahora cuanto podía esperarse de la política de atracción, de tolerancia y de concordia, predicada por el ilustre hombre de Estado que lo preside y por sus dignos compañeros de Gabinete.

La Iberia, en cambio, se restringe a las manías, aplaude a *El Imparcial* y copia los párrafos que hemos trascrito, después de ponerles, entre otros, estos comentarios:

Aunque todavía en este artículo no se usa el franco lenguaje de tiempos no muy lejanos; aunque la elocuencia de lo que se calla, tal vez supera a la significación de lo que hábilmente se dice, debemos confesar que al leer el escrito de nuestro colega, nuestra primera sensación fue de asombro; asombro mezclado de satisfac-

parte, y que comprenderán seguramente todos nuestros compañeros de Madrid, porque ninguna emulación encerraba aquella nuestra grata sorpresa.

Ha logrado, en efecto, *El Imparcial* un objeto tan importante como difícil: ha conseguido indicar la debilidad con que el actual gobierno, presbando que hasta el presente no hay política, que no se prepara el porvenir, que no se abren horizontes que por la continuación del marasmo presente llegaremos al mutismo mañana, a la atonía después, a la muerte un poco más tarde.

Que importa que para decirlo haya empleado *El Imparcial* discretas reticencias y dirigido al Sr. Cánovas expresivos o exagerados epítetos.

Es de advertir, que la acusación de inercia de *El Imparcial* sólo va contra el Sr. Cánovas; no contra los Sres. Ortaño, Cárdenas y Castro; los cuales, según *La Iberia*, «han sido hasta ahora los únicos ministros de iniciativa, los que, con un criterio más o menos estrecho y con actos casi siempre limitados a la esfera del personal, han descubierto al fin objetivo, actividad, intención y tendencia liza».

Dice *La Epoca*, sin protesta ni comentario, por supuesto, en su número del miércoles:

«El príncipe de Bismarck se muestra resuelto a provocar un acuerdo de las potencias sobre la futura elección pontificia, para obtener la garantía de que el sucesor de Pío IX no pueda turbar la paz de las naciones mezclándose en la política interior de los pueblos.»

Y dice el Evangelio de San Mateo, capítulo xxvi, vs. 3 y 4:

«Entonces se juntaron los príncipes de los sacerdotes y los magistrados del pueblo, en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás:

«Y tuvieron consejo para prender a Jesús con engaño, y hacerlo morir.»

Y nosotros decimos diariamente que resucitó al tercer día, y subió a los cielos, y está a la diestra del Padre, y desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.

Recibimos quejas de muchos suscriptores que no reciben nuestro periódico, o le reciben con intermitencias lamentables.

En la Administración del periódico no está la falta.

Rogamos encarecidamente al Sr. Director de Correos que vea si está en su mano remediarla.

Dice *La Epoca* que al Sr. D. Diego Cuello y Quesada será nombrado embaajador en Italia.

Nos parece acertadísimo el nombramiento.

Ningún español puede hacer mejor papel en la corte de Víctor Manuel que el fundador de *La Epoca*.

Continúan los periódicos ocupándose con insistencia de la cuestión Cabrera. En *La Epoca* de anteayer leemos:

«En un comunicado que D. Tirso de Olazabal, diputado a guerra y miembro de la comisión de armamento carlista, ha dirigido al *Univers* de París, después de decir que no es cierto que Cabrera se haya opuesto siempre a la guerra actual, añade que todo el mundo sabe, así en Francia como en España, que el verdadero motivo que ha inducido a aquél a desertar de su antigua causa, es el haberse negado D. Carlos a abdicar en proveyo del ex-general, para no ser en manos de este nuevo príncipe más que un mampiqui revolucionario.»

La Epoca no comenta esta noticia; en cambio en otro lugar dice:

«La Agencia Fabra ha recibido un telegrama de Santander anunciando para hoy la llegada del general Cabrera de paso para Madrid. Dedamos que la noticia sea cierta.»

El Tiempo añade:

«Un telegrama recibido en Santander ayer 21, por el cable americano, dice que D. Ramon Cabrera es esperado hoy en aquella ciudad, desde donde saldrá para Madrid.»

No tenemos otras noticias respecto a este viaje.

El Diario Español y *La Correspondencia* tampoco saben nada acerca de este asunto.

Por último, no deja de ser curioso el siguiente suelto que leemos en *La Prensa*:

«Según dice hoy un colega, que da muestras de estar enterado de muchos secretos de la situación, parece que decididamente se confiará la jefatura del partido moderado al célebre guerrillero del Maestrazgo. Lográronse las aspiraciones de los que buscaban un segundo D. Ramon. Tal es la seguridad que da la lógica, que nunca dudamos de que este figura el fin de ciertos males: ha tres días que lo anunciamos, y ya vemos confirmado nuestro aserto. Una cosa se nos ocurre ahora: ya que no pueda llamarse pacificador de España, ni conde de Morella, porque aún vive Espartero, podría hallarse medio de premiar los indudables méritos y servicios del guerrillero convertido, con los títulos de duque de Burjasot y conde de Cantaleja.»

Todos los periódicos de Madrid publican ayer el manifiesto íntegro de D. Ramon Cabrera. Nosotros lo insertamos en nuestras columnas por falta de espacio y porque nuestros lectores lo conocen ya en gran parte.

El día 23 a las cinco y media de la mañana se verificó en Santander, en la catedral, el entierro del que fué Obispo de aquella diócesis, Excmo. é Ilmo. Sr. don José Lopez Crespo.

El tránsito que el féretro, abierto, recorrió desde el púncio a la catedral, estaba literalmente cuajado de gente, lo mismo que los balcones y claros topes de las casas. Las cartas todas que recibimos de Santander están cortadas en el profundo sentimiento que ha causado allí la muerte del venerable Prelado, que era uno de los más brillantes ornamentos de la Iglesia de España.

El Señor habrá premiado los merecimientos del dignísimo Sr. Obispo.

La Epoca, *La Política*, *El Tiempo*, *El Diario Español* y *La Correspondencia* se prometen dar en breve cabida en sus columnas a la carta de adhesión de Cabrera y a las condiciones circulares por el Gobierno a todos los generales con mando de fuerzas militares para que sepan en qué términos han de aceptar el concurso de adhesión de los carlistas, y de cuyas condiciones tenía conocimiento Cabrera.

Las daremos a conocer a nuestros lectores.

NOTICIAS

Dice ayer un periódico:

«Ayer fué día aciago para algunos jugadores de Bolsa. Como era de esperar, la rección se hizo sentir bastante, bajado ya por la tarde a 17-35. La baja fué todavía mayor por la noche, quedando el consolidado a 17-20, o sea un 1 por 100 de diferencia respecto del día anterior. Una nube de papel en el horizonte, amenazando borrasca, consumará la obra.»

Parece que han surgido algunas diferencias de apreciación entre los radicales que suelen reunirse en casa del Sr. Beranger; creyéndose posible que este desacerdoz provoque algún acto ostensible de una parte importante del mencionado grupo.

«Cuántas miserias!

Hasta los últimos días del corriente mes no publicará *La Gaceta* la negociación de 25 millones de francos realizada por el ministro de Hacienda.

Por la vía de Nueva-York se recibieron ayer las siguientes noticias de la isla de Cuba:

«Habana 6 de marzo.—Dice un telegrama del cuartel general establecido en Santa Clara, que la columna del brigadier Vergara, atacó ayer una gran fuerza de caballería insurgente en la granja La Roqueta, y que la dispersó después de un corto combate.

Treinta y dos insurgentes, la mayor parte negros, quedaron tendidos sobre el campo.

Las pérdidas de los españoles fueron de siete muertos y 17 heridos, contando entre los primeros al comandante Vargas, de los voluntarios de Camajani.

Hubo también otro encuentro cerca del río Mora, en las inmediaciones de Guanajamo, en el que los insurgentes, disfrazados con uniformes españoles, atacaron a estos por retaguardia. La relación de este combate, que se ha recibido hoy, manifiesta que la pérdida de los insurgentes, comparada con la de los españoles, ha sido considerablemente mayor.

El Sr. Sagasta ha recibido ya la carta, contestación a la última suya, suscrita por los constitucionales que se han reunido estos días en casa del Sr. Groizard, o Fernandez de la Hoz. Dicha carta es breve y conciliadora, según dicen los amigos del Sr. Sagasta.

Y a todo esto los moderados de *El Tiempo* dicen sentenciosamente: «caballeros, no empajar!»

La Iberia hace este resumen del movimiento de la magistratura desde que el Sr. Cárdenas se halla al frente del ministerio de Gracia y Justicia:

Declarados en situación pasiva.	59
Trasladados.	26
Ascendidos.	29
Repuestos.	29

Total. 143

Segun noticias del mismo periódico, el movimiento del personal de la magistratura no ha terminado aún.

Esperase en Madrid al general Tassara, según dice *El Imparcial*.

Hace unos cuantos días, que al pasar los trenes por frente al paseo de los Melancólicos y al salir de las Rozas, son apedreados por unos cuantos muchachos, dando ocasión a que sean heridas algunas personas y puedan suceder otras desgracias.

Uno de estos últimos días fué detenido en Madrid y conducido a las prisiones de San Francisco el conocido republicano D. Fermín Dávila.

En *El Imparcial* leemos:

«Se ha dicho estos días que el general Cabrera había comprado el palacio que el marques de Casa-Riera posee en Madrid. La noticia es desahante, y creemos que con mucho fundamento, por personas que deben estar bien informadas del caso.

También hemos oído que el citado señor marques de Casa-Riera, asistente de España hace muchos años, se propone volver a Madrid.»

El día 30 de este mes se verificará el ingreso en la caja de esta provincia de los mozos declarados soldados por la Diputación provincial.

A consecuencia de la aglomeración de gente se produjo ayer tarde una pequeña carrera en la calle del Arenal, ocasionada por los gritos de una señora, de quien oímos decir se había deslizado un brazo.

NOTICIAS DE LA GUERRA

De la *Gaceta* de ayer es lo siguiente:

«Castellón Nueva.—El teniente coronel Melguizo, desde el Cardozo, en despacho de ayer, participa al capitán general del distrito que después de una marcha rápida de catorce horas con dirección a este mando, alcanzó a la facción Canacho, destruyéndola completamente, causándole cinco muertos y cuatro prisioneros, y cogiendo armas, caballos y provisiones.

Burgos.—Por despacho del general segundo cabo se sabe que una partida de ocho hombres, con armas y caballos, cayó en poder de los movilizados de Oña.

La columna de Villadiego alcanzó y dispersó a otra facción de 18 hombres, causándole un muerto.

En la de hoy sólo aparece el siguiente parte:

«Cataluña.—El gobernador militar de Lerida participa que el brigadier Catalan batió ayer en las alturas de Santa Coloma de Queralt a la facción Tristany, dispersándola en varias direcciones con pérdidas de consideración, cogiéndola algunas cargas de munición, camillas, armas, la documentación de un batallón y varios efectos.»

La Gaceta de hoy no publica ningún decreto.

De un periódico de Valencia copia *El Tiempo* lo que sigue:

«Los jefes carlistas del Maestrazgo han explotado otro medio para recoger dinero. Los mozos arrancados a la fuerza de los pueblos del reino de Valencia para servir en las filas de pretendientes son conducidos a los puntos donde las facciones pueden permanecer con alguna tranquilidad; e imitando los procedimientos que se derivan de nuestra legislación de quintas, les permiten que formen expedientes de exenciones. En Gandesa, en cuyo distrito ejerce ahora el supremo mando el cabecilla Valls, había hace pocos días unos quinientos de los referidos mozos, y un buen número de ellos, aprovechándose de la predicha concesión, no han tenido necesidad de recurrir a la fuga, como muchos de sus compañeros, para regresar al seno de sus familias, bastando para conseguirlo que entregaran cierta cantidad a los cabecillas encargados de revisar los expedientes.

Han vuelto a descender hacia el llano de Liria los carlistas de Chelva. Desde temprano vieron algunos facciosos de avanzada, y la autoridad militar lo avisó a la población, adoptándose con este motivo las oportunas precauciones.

Más tarde, por gentes llegadas a Liria, se decía que eran las fuerzas de Villalain, y se guardaban habérselas dejado en un sitio llamado el aljibe, cerca de Padralba, entre este pueblo y la villa de Liria. Otros habían visto, en el punto llamado *Barral de Pascual*, algunos carlistas; pero quizás todos tuviesen razón, y fueran avanzadas que, por diferentes sitios, exploraban la comarca.

Respecto a las fuerzas que se han aproximado a Liria, deben ser los tres batallones que adelantado mando en Chelva.

Las noticias de Valencia del 21 publica la siguiente última hora:

«Decíase anoche que Dorregaray, había regresado ya a Chelva, con unos 1.000 hombres. Ayer bajaron algunos carlistas a los pueblos del campo de Liria, y se decía que algunos de ellos habían llegado a Batera.»

En su sección de *Últimas noticias* dice anteayer *El Mercurio* Valenciano:

«Son contradictorias las noticias que se reciben sobre las fuerzas carlistas que han entrado en Villar y Casinos. Viajeros, llegados de estos puntos dicen que son las de Villalain y Adelantado, pero otros afirman que sólo son las fuerzas del segundo.

La versión más exacta es que el jueves de la semana pasada llegó Villalain a Utiaguan, en cuyo punto estaba anteayer.»

En *La Correspondencia* leemos:

«En Chelva sólo había en la mañana de anteayer 40 ó 50 carlistas de aquella comandancia, como asimismo los oficiales encargados de las dependencias administrativas que tienen allí establecidos los facciosos.»

El mismo periódico dice:

«Sabemos positivamente que el coronel Sancho, que fué hecho prisionero por los carlistas en Daroca, tiene garantida la vida, a pesar de la sentencia que contra él fulminó el consejo de guerra carlista.

Damos con gusto la noticia para tranquilidad de su familia y amigos.»

En *La Epoca* se lee:

«Se nota una gran concentración de fuerzas

á Egeptpo, dice, que la mujer de Pilato vió que rodaban al paciente. Jes. le dándole todo su poderío para libertarlo, repetía: *Salve divina Majestas tibi presto odest nostra po.* Estas. Te saludamos, Majestad Divina, y os ofrecemos todo nuestro poder. Después de dárle una gran cruz aquellos ángeles daba á Pilato una gran cruz que tenía en la mano, y significaba que la potestad de sentenciar á Cristo no la tenía por autoridad humana, sino que únicamente se le daba del cielo, y en la cruz estaban escritas estas palabras: No querías gloriarle, oh Pilato! de tu poder, porque el juez que juzga las iniquidades y pecados se ha sujetado á tu sentencia. Después de esta visión, y mandó la mujer un mensajero al marido para hacerle saber de cuanto había pasado.

En cuanto á la segunda duda, se lee en el Evangelio de Nicodemo, que aunque Apócrifo, esto es, *dubio et incerto fidei*, no está reprobado por falso, como nota el Menologio, se lee, digo, que la mujer de Pilato se llamó Procula. Otros la llaman Cláudia Procula, y en especial Fabio Dextro, en su «Crónica al año 34 de Cristo», donde dice: *Christus Saluator mundi reus apud Pilatum agitur Cláudia Procula uxor Pilati admonita per somnium in Christum credidit, et salutem contigit.*

Cornelio Alapide es de sentir que esta mujer es aquella Cláudia de quien San Pablo hace mención en la Epístola 2.^a ad Timotheum, cuando dice: *Salutate Eubulum, et Prudentem, et Linum, et Cláudia, concordando el tiempo, la religión, y el lugar, y este cierto que vivió en tiempos de los Apóstoles, y todos concuerdan en que se hizo cristiana, y también es creíble que Cláudia se quedase en Roma, su patria, desde donde escribe San Pablo, mientras su marido cumplía el destierro á que fué mandado. Y no solo fué cristiana Cláudia Procula (Procula la llama Nicodemo, lib. 1.^o, cap. 30), sino también santa canonizada, y de ella hace mención el Menologio Griego. Véanse Orígenes, Crisostomo, Teófilo y otros.*

Carta de Pontio Pilato á Tiberio emperador, dando cuenta de la muerte y testimonio de la inocencia de Cristo.

Dada por Pilato la sentencia, y ejecutada en la persona del Redentor, dió cuenta al emperador, como era costumbre de los gobernadores romanos dar parte al César de las cosas de mayor momento que habían acaecido en su gobierno, y escribió una carta á Tiberio, el cual habló después en el Senado, dando muestras de mucho aprecio hacia Cristo y los cristianos, y amenazando á los que se atreviesen á acusarlos. De esta carta de Pilato hace mención Tertuliano en la Apología, cap. 5.^o y 20; Eusebio en su historia, libro 2.^o, cap. 2.^o; el Turonense, lib. 2.^o, Bibl. 5. verb. *Pont. Pilatus*; el Baronio, á número 34 márg. 237; el Malonio, cap. 10, y otros muchos, entre los cuales el Turonense escribe: *Pilatus quia ad Tiberium Caesarem misit, et ei tam de virtutibus Christi, quam de passione, et resurrectione ejus mandat, etc.* El tenor de la carta dicen que era como se sigue:

«PONGO PILATO A TIBERIO, EMPERADOR.

Poco tiempo há que sucedió, y puedo dar testimonio, que los judíos por envidia se han arrajado á sí y á toda su posteridad, pues esperando que se cumpliesen las profecías en que les estaba prometido, que Dios por medio de una doncella Virgen, les enviaría al que jurídicamente se llamase rey de los judíos, en efecto lo ha mandado á la Judea en mis tiempos y en mi presencia. Este (como es constante á todos) daba vista á los ciegos, salud á los leprosos, libertad á los endemoniados y vida á los muertos. Le obedecían los viejos, caminaba á pie enjuto sobre las ondas del mar, y por concluir ha obrado tantas y tales maravillas, que comúnmente era apellidado de la plebe, Hijo de Dios.

Pero los principes de los sacerdotes, llenos de envidia y odio, le eran contrarios, y habiéndolo preso, me lo entregaron, haciéndolo reo de muchas maldades y delitos, y acusándolo con varias imposturas, me engañaron y persuadieron de modo que azorado se lo entregué para que lo castigasen á su arbitrio. Finalmente, lo crucificaron y pusieron guardas á su sepulcro y entre ellos algunos de mis soldados, que lo vieron resucitar al tercer día. Mas la iniquidad de los judíos sobornó con gran suma de dineros á los dichos soldados para que dijiesen que sus discípulos habían venido de noche y robado el cuerpo. Ellos recibieron el dinero, pero después publicaron y aseguraron haber visto angélicas visiones y resucitar á Jesucristo real y verdaderamente. He juzgado escribirlo esto, porque si alguno os refiere acerca de esto algunas fábulas ó mentiras, no le deis crédito alguno.»

Con todo ello debemos concluir que Pilatos se condenó, pues sabemos que finalmente se mató á sí mismo y acabó infelizmente su vida. Que si algunos Padres parece se inclinan á lo contrario, no prueban otra cosa sino que Pilatos conoció al Mesías y que era inocente; pero de ningún modo enseñan que se convirtiese y se salvase, como demuestra mi buen Juan Gregorio en su Calvario.

De qué especie de leño fué compuesta la santísima Cruz?

Son tan varios los pareceres acerca de la materia de que fué compuesta la Santa Cruz, que podemos con razón decir: *Quot capite, tot sententia*, y así dice el Berdini en su Palestina, part. 2.^a, mist. 48, que es muy dificultoso enunciar la verdad. No obstante, investigaremos la que fuere más probable.

Fué sentir de los antiguos griegos, como

nota Juan de Mandevila, citado por Baltasar Bonifacio en su historia lúbrica, lib. 10, capítulo 8.^o, que el Arbol sacrosanto de la Cruz fué de manzano, cuyos frutos ocasionaron en Adam la ruina del linaje humano.

Otros citados del Cartagena, lib. 10, homilía 19 de *passione*, se persuadieron á que siendo la Cruz de Cristo, glorioso trofeo de sus victorias, fuere compuesta de aquellos ramos con que las turbas festejaron su entrada en Jerusalén, que, según el Evangelio, fueron palma y olivo.

El mismo Cartagena cita á otros cuya opinión era que la Santa Cruz fué compuesta de tajo leño venenoso y mortífero, aludiendo á aquel vaticinio de Jeremías: *Mitamus lignum in panem ejus*, que explican los Padres diciendo: *Affigamus Corpus eius Crucis*. Otros que alega Lyra, dicen que fue formada de fresco, de quien cantó Virgilio: *Fraxinus in sylvis puerissima*, y no sólo es árbol corpulento, como dice San Isidoro, sino que tiene también virtud de ahuyentar las serpientes, las cuales huyen aun de su sombra, y al mismo tiempo sirve para muchos remedios, lo cual todo se aplica propiamente á la Santa Cruz.

San Bernardo, trac. de *Pasion. Dom. e. ult.* con Alberto Magno, Jacopo da Voragine, Samarino, Gislando y otros que refiere Daniel Malonio en los «Comentarios de la Santa Sabana», cap. 4.^o, es de sentir que la Santa Cruz fué compuesta de cuatro especies de leño, á saber: de cedro, ciprés, olivo y palma. Y en comprobación de esto, alega el Durante los siguientes versos: *Pes sedrum est, truncus cyprissus, oliva supremum. Palmaque transversum, Christi sunt in Cruce lignum.*

Diciendo que el pie de la Cruz era de cedro, el tronco de ciprés, los brazos de palma y la cabeza de olivo. Lo mismo afirma la Glosa en la clementina de sumptaria: *Ligna Crucis palma, cedrus, cyprissus, oliva*. Cuyos motivos se pueden ver por extenso en el Berdini, Voragine, fern. 3, prost. Dom. 3, prost. oct. Epiphani, el Malonio, Cartagena y otros.

Diversamente discurre el Varonio en sus colet, donde forma la cruz de Cristo de ciprés, cedro, pino y box, de modo que la mayor parte, esto es, el tronco todo era de ciprés, los brazos de cedro, la cabeza de pino y la tabla del título de box.

San Juan Crisostomo, Anastasio Sinaita y Juan Catacuzeno, emperador de Constantinopla, admiten solamente tres leños en la cruz de Cristo, cuales son: ciprés, pino y cedro, lo que se comprobaba si fuese cierta la historia de que hicimos mención en la resolución 33, donde dijimos que Seth recibió del querubín guarda del Paraíso tres semillas de árboles diversas, las cuales plantadas sobre el sepulcro de nuestro padre Adam brotaron en tres ramas, que unidas después formaron el tronco que allí expresamos; y que después sirvió para formar la santa Cruz. Gretsero la refiere de otro modo, diciendo que el patriarca Abraham plantó tres varitas de pino, cedro y ciprés, las cuales unidas crecieron en un árbol desmesurado, el cual mandó cortar Salomón para la fábrica del templo; y anunciando la reina Saba que aquel árbol había de ser el instrumento en que moriría el Redentor del mundo, mandó Salomón engastarlo con 30 cruces de plata, y así perseveró hasta el tiempo de la pasión de Cristo. Poyo también esta narrativa tiene mucho de fabula.

Otros varían en la cualidad, y en lugar de pino y del ciprés, ponen el abeto y la palma, de donde Goffredo Vitarbiense en su crónica refiere de un cierto hijo de Noé, llamado Hionte, que entrando en el Paraíso terrenal, arrancó tres varitas de abeto, ciprés y palma, las cuales plantadas en diversos lugares, milagrosamente se unieron en un tronco, del cual se formó después el árbol de la Cruz.

San Anselmo estima que el árbol vedado arrancó una rama, la cual se plantó en la Judea, y creciendo en proceridad, sirvió para construir la cruz de Cristo. Miguel Gislerio quiere que sea un árbol del monte Libano, cantando la Iglesia: *Super omnia ligna cedrorum tu robor aciesior*. Justo Lipsio, seguido de muchos expositores, la forma de encinas, y de esta opinión se hallan el Cartagena, Bonifacio, Malonio, Berdini, Chacon, de fig., Sanct. Cruc., capítulo 30, Sedulio, l. 3. op. Pasch. y otros muchos.

Convencen esta opinión muchas congruencias. La primera es las figuras de la Antigua Ley en Absalon, suspendido de una encina, y de Devora, sepultada debajo de este árbol, como explican el Niceno en los «Comentarios sobre el salmo 9.^o, cap. 2.^o» La segunda es la profecía de Isaías, que vaticina: *Longa faciet Dominus homines et multiplicabitur; que derelicta fuerat in medio terre adhuc in ea decimatio et convertetur, et erit in ostensionem, sicut terebinthus et Quercus, que expandit ramos suos, amen sanctum erit, quod steterit in ea*. La tercera congruencia es que las reliquias de la Santa Cruz, que se veneran en muchas partes, como la basílica de Santa Cruz en Jerusalem de Roma, en Santa Bárbara de Mantua, Bolonia, Caravaca, etc., son muy semejantes en color y pelo á la encina. La cuarta, por ser estos árboles comunes y abundantes en la Judea. La quinta, porque siendo los crucifijos romanos, es probable que observasen el uso y costumbre de los romanos de crucificar á los delinquentes en palos de encina, como asegura Becano. Véase el Cartagena, l. 10, hom. 19, y el Manni en sus «Historias selectas», cap. 173.

En cuanto á la grandezza de la Cruz, escribe Vicente Berdini en su Palestina, part. 2.^a, mist. 48, que fué de 15 pies de largo y ocho palmas de ancho, y tan pesada, que hizo caer en tierra por tres veces al Redentor, lo cual confirma nuestra opinión de que era de encina, que es leño muy pesado.

Si fué el Redentor crucificado con tres, ó más clavos, y de dónde proceda hallarse tantos en la Iglesia.

Es controversia esta muy agitada entre los Doctores, hallándose por una y otra parte igual número de defensores, entre los cuales Guillermo Duran en su racional, Suarez, t. 2. in. 3. p. dict. 16. fess. 3. Justo Lipsio de Cruce, libro 2.^o, cap. 9. Juan Ekio, el Testado, Popin, Baronio, y otros, que cita el Malonio de *sacra syndone*, cap. 19, núm. 9, quedándose en los términos de la ambigüedad, dejan indecisa la duda, conviniendo sólo en que ni fueron más de cuatro ni menos de tres.

Los que determinan la cuestión se dividen principalmente en dos bandos, el uno defiende que fueron solo tres, con San Buenaventura, Gregorio Nacianceno, Anselmo, Nonio, griego y antiguo doctor; Lodolfo Cartujano, Blorio, el Malonio, Juan Maria Zillotti en su *Minera del Calvario*, trat. 2. c. 2, y otros muchos.

El segundo bando defiende que fueron cuatro los clavos, y se citan por esta opinión San Gregorio, San Cipriano, Inocencio III, Toledo, Medina, Santo Tomás, Laspergio, Cuaresmio, de Vuhne, Christi trac. 2.^o c. 9. fec. 4.^o Cartagena, l. 10, hom. 22 de las y otras.

Alegan los de la primera sentencia á su favor el uso común de la Iglesia en pintar á Cristo crucificado con tres clavos. Lo segundo, la figura de Absalon 2. reg. 18. traspasado con tres lanzas, que demostraba á Cristo traspasado con tres clavos. Lo tercero, la letra Tau, que tres esquinas ó extremos. Lo cuarto, que los Sagrados pies de Cristo hubieran sido enclavados con dos clavos (como quieren los autores de la sentencia contraria), serian ambas heridas iguales; y con todo eso, en la Sabana Santa que se venera en Turin, se vé que la del pie izquierdo es mayor y más espaciosa que la del derecho, señal manifiesta de que fueron clavados con un solo clavo, que no es igual en todas sus partes. Lo quinto, porque apareciendo Cristo Señor nuestro, á Santa Clara de Monte Falco, le imprimió en el corazón los instrumentos todos de la Pasión, y después de muerta la Santa, se hallaron entre los demás instrumentos esculpidos en su corazón los tres clavos pendientes de tres nerviecos, señal manifiesta, de que tres y no cuatro fueron con los que crucificaron al Salvador. Lo sexto, porque todos los autores antiguos no hacen memoria de más que de tres hallados por Santa Elena, e. uno que fue puesto en el yelmo de Constantino, otro en el freno de su caballo, y otro de quien refiere San Gregorio Turonense, fue arrojado al mar Adriático para retener el ímpetu de sus ondas. Lo sétimo, porque en la librería de Santa Maria de las Gracias de Bolonia se conserva un antiquísimo manuscrito, en el cual se dice que queriendo los soldados crucificar á Cristo con cuatro clavos, el mismo Señor puso un pie sobre otro, y así fue ejecutado con un solo clavo. Lo octavo, porque eso significan los tres signos que hace el sacerdote sobre la Hostia, y el Caliz cuando dice: *Sanctificas + vivificas + Benedicis, et prestas novis*, ántes del Pater noster, escribe Francisco Masenza en sus misterios de la Misa. Sess. 5. §. 34. Y últimamente, porque siendo el Redentor aquel *vir dolorum* que profetizó Isaías, debió consiguientemente sufrir los mayores dolores que supo inventar la crueldad, y siendo más cruel la crucifixión de ambos pies con un solo clavo, que no con dos, como es claro, aquella y no esta debía padecer.

Pero no obstante todas estas razones, que probabilizan la primera sentencia, tengo por más cierta la contraria, de que el Salvador fue crucificado con cuatro clavos, no tanto por la autoridad de sus defensores, entre los cuales uno es San Agustín, quien en sus meditaciones escribe así: *Immaculata Christi vestigia diris confixa clavus, y poco después voluit clavi pedes, et manus plasmatoris*. Y por la revelación de Cristo á Santa Brígida, á quien dijo este Señor: *Pedes duobus clavus qui crucis stipulam confinguntur*. Y en otra ocasión *Pedes duobus clavus, et duobus clavus perfors*. Como también por las razones sólidas, que tiene á su favor. La primera es la antiquísima costumbre, que se observaba en la crucifixión de los malleheores, en cuya función cada uno de los ministros ejecutores, que eran cuatro, tenía un clavo, como demuestra el Malonio; y así, hablando de estos Seneca, dice: *Unusquisque vestrum clavum suum ipse adigit*. Y Plauto en la Mastell: *Ego dabo ei talentum, primus, qui in cruce circumferret, sed ea lege, ut assignaret bis pedes, et bis brachia*. Y esto se practicaba para conservar entre los verdugos la concordia en la repartición de los despojos, como puntualmente sucedió en la división de las vestiduras de Cristo, que *fecerunt quatuor partes*. Lo segundo, porque así lo comprueban las antiguas pinturas, e imágenes de Cristo crucificado con cuatro clavos, como se ve en la que hizo Nicodemo, y se venera en Luca en uno de la Basílica de San Pedro, otro en la de San Juan de Letran en Roma, en el de Burgos en España, en el de Lobaina en Flandes, en Loreto en Sitolo, junto á Loreto, y en Santa Clara de Asis, protestando también el cardenal Belarmino haber visto en la regia librería de París un antiquísimo libro de los Evangelios, en el cual se registra frecuentemente la imagen de Cristo crucificado con cuatro clavos. Lo mismo se ve en los antiguos cementerios de Roma, concluyendo el cardenal Baronio que tal era el uso y rito antiguo. Lo tercero, porque así se convence con el milagro de la impresión de las llagas á San Francisco, en las cuales expresamente se veían las figuras de cuatro clavos, dos en los pies y dos en las manos, registrándose por una parte la cabeza del clavo, y por otra la punta, como observaron algunos Pontífices, cardenales y prelados; y así San Buenaventura en las leccio-

nes del Santo dice: *Manus enim, et pedes in ipso medio clavus confixas videbantur, clavorum capitibus in inferiore parte manuum, et superioribus pedum apparentibus, et eorum acuminibus existentibus ex adverso erantque clavorum capita in manibus, et pedibus rotunda, et nigra ipsa vero acumina oblonga rotunda, et quasi reperienda*. Véase el Quaresmio, donde se hallarán otras muchas razones en comprobación de nuestra doctrina.

Por estas razones y otras que dejo por brevedad, me parece más probable que Cristo Señor nuestro fué crucificado con cuatro clavos, y aunque el uso moderno lo exprese con solos tres, esto no puede perjudicar á la verdad, que se halla corroborada con tan antigua costumbre como hemos probado, y nota el Baronio al año del Señor de 323. Sólo, pues, convence, que la Iglesia no ha reprobado ni una ni otra opinión, y que se puede seguir cualquiera de ellas.

A los fundamentos de la contraria doctrina: al primero, que no es necesario que el Redentor correspondiera en todas sus circunstancias á la figura, porque desta suerte deberia haber sido vendido Cristo en treinta dineros, como lo fue Joseph, su figura, colgado como Absalon, y así del Tau y de las demás. A la tercera, que de otra causa que de la unidad del clavo pudo provenir la mayor multitud de la herida, á saber, ó por ser un clavo más grueso que otro, ó por haberlo precedido un clavo más en el pie. A la cuarta, que Cristo imprimió las insignias de su Pasión en el corazón de Santa Clara, del modo que la Santa los contemplaba en un Crucifijo con tres clavos, queriendo el Señor comunicar sus favores á esta sierva, conforme á su devoción y su meditación. A la quinta, que no se colige en los historiadores nada cierto acerca de la invención de los clavos; pues también algunos dicen, que le hallaron cuatro, dos de los cuales fueron puestos en el freno del caballo de Constantino, uno en su diadema y otro arrojado al mar. A la sexta, que el manuscrito de Bolonia no tiene mayor autoridad que los de tantos doctores clásicos como hemos alegado; antes se convence de falso, pues se nombra en el á Nicodemo, el cual esculpió la imagen del Salvador con cuatro clavos. A la sétima, que si el Masenza declara á favor de los tres clavos, aquellas tres cruces del Canon de la misa: *Sanctificas, vivificas, benedificas, et prestas nobis*, Guillermo Durando, autor más antiguo en la Rubrica de la página 2.^a del Canon, representó en ellas el misterio de la Santísima Trinidad: *In illis verbis representatur ecclesia primitiva, que fidem Trinitatis suscepit*. Véase á Pablo Maria Quarti en sus Rubricas, pag. 2.^a, tit. 9.^o, sec. 2.^a, dub. 9.^o A la última respondo, que el dolor y tormento de Cristo se puede coleccionar de otra causa, como es el que profundasen más los clavos, el que los buscasen muy gruesos y despuntados, etc. A propósito de lo cual refiere Francisco de Mantua, rabino convertido á la fé, que ellos descendientes de aquellos judíos que crucificaron á Cristo, padecían crueles dolores todos los años á los 25 de Marzo. Y añade, que los de la tribu de Joseph fueron los que hicieron los clavos, y que entre ellos hubo una mujer que aconsejó á los judíos que fabricasen los clavos sin punta para darle mayor tormento al Redentor, y que en pena de este malvado consejo, todas las mujeres de esta generacion, una vez al año, se hallan al despertar del sueño con la boca llena de gusanos.

Fundamentado, pues, el número cuaternario de los clavos del Redentor, queda que averiguar la causa de hallarse tantos en la cristiandad, como en Santa Cruz, en Jerusalem de Roma, en San Rusebio, en el Domo de Milán, en San Marcos, San Pedro y Santa Clara de Venecia, en la Capilla Real de Paris, en el Escorial, Tréveris, Colonia, Aquisgran, Viena, Carpentiers, Ancona, Luca, Torcello, Catania, Spoleto, Elsa, Toscana, Torno, Monza y otros lugares. Dejo la opinión de los que hacen la distribución á favor de algunos, como el eruditísimo Luis Taltí, de la Congregación de Somasca, en el Martirologio de Como, que pone entre los verdaderos clavos de Cristo el de Roma, el de Milán y el de Torneo. Cornelio Carcio, que pone á Roma, Milán y Tréveris. El Ziloto, que pone los de Roma, Milán y el de Santa Clara de Venecia, etc. A la duda respondo el Malonio lo primero, que de los verdaderos clavos de Cristo se sacaron varias partículas de reliquia, las cuales unidas y colocadas en otros clavos de hierro, á imitación de los del Redentor, les dan el mismo nombre. Lo segundo, se puede decir que para unir el madero trasversal, ó los brazos de la Cruz, fueron necesarios algunos clavos, y estos son muchos de los que en varias partes se veneran como clavos de Cristo, siendo también instrumentos de su Pasión, como afirma el Baronio al año del Señor 226. Lo tercero, según San Cipriano, el título de la Cruz fué fijado en el Sagrado Madero con tres clavos, como se lee en las Revelaciones de Santa Brígida. Y aún quieren San Ireneo, Gregorio Turonense y San Justino, que debajo de los pies del Redentor estuviese clavada una tabla ó pedazo de leño, cuyos clavos se veneran también como clavos de Cristo. Lo cuarto, no es improbable que los crucifijos previesen mayor número de clavos y probasen muchos de ellos hasta efectuar la crucifixión con cuatro. Lo quinto, dice el Ferrando, que no sólo con reliquia de los verdaderos, sino también con su contacto, quedaron santificados varios otros clavos fabricados por devoción de los fieles, á semejanza de aquellos, y que obrando el Señor muchos prodigios por medio de ellos, han quedado en veneración como clavos verdaderos de Cristo. Y últimamente, puede ser también, como dice el Baronio, que muchos de estos fuesen instrumento del martirio de algunos santos, místicos miembros del Salvador, y por eso venerados. Véase á Juan Maria Zelotti en la *Minera del Calvario*, tr. 2. c. 12.

Imp. de F. Iglesias y P. García, Leganitos, 4.